

César Di Candia

ESCRITOR JULIO DA ROSA (II) EL CORAZÓN DEL MUNDO
NARRATIVO URUGUAYO ESTÁ EN EL INTERIOR.

**Si no hubiera
leído a Morosoli,
yo nunca habría
llegado a nada
como escritor.**

¿Qué procesión sigue caminando por dentro de un escritor de raza cuando la vida lo lleva por otros caminos? Julio Da Rosa sintió esa frustración cuando fue electo diputado por Treinta y Tres luego de integrar en 1962 el grupo batllista disidente encabezado por Zelmar Michelini y Renán Rodríguez. Esa decisión lo condujo a un mundo que no era el suyo, obligándolo a convivir muchas veces con el amiguismo, con la demagogia, con la negociación, con los favores personales que encubren la compra de conciencias.

●●● Continúa en página 2



Tuvo que soportar a discursadores incorregibles, hechos al deleite de escucharse a sí mismos. Conoció el encogimiento de hombros de sus pares cuando elevó proyectos como el de la plantación masiva de la yerbamate, en campos tan aptos y propicios que los árboles crecen guachos. Doble pecado: fue un diputado igual a tantos y dejó de escribir durante varios años. Otros escritores como José Enrique Rodó, como Justino Zavala Muniz, como Javier de Viana, como Eduardo Acevedo Díaz, habían logrado entenderse bien con ambas actividades, pero él no. Cuando terminó su mandato y logró zafar de compromisos para los que no se sentía con condiciones, su caballo enderezó por el trillo del que nunca debió haberse apartado.

Perteneciente a la famosa "generación del 45" y tal vez no demasiado cómodo por la actitud implacablemente crítica de aquella, Julio Da Rosa tuvo que imponerse a la cerrada oposición que en los medios montevideanos, despertaba entonces toda forma de regionalismo, tanto en su forma dialectal como en el propósito de hacer del medio campesino el centro de desarrollo de las narraciones. Pese a que por ahí andaban todavía las sombras de Eduardo Acevedo Díaz, Francisco Espínola, Juan José Morosoli, Javier de Viana, Serafín J. García, Santiago Dossetti y Enrique Amorín entre varios más, Juan Carlos Onetti llegó a plantear en "Marcha" su preocupación porque la literatura uruguaya se seguía llenando de "ahijunas".

Más allá de esa oposición falsa e irrelevante entre literatura universalista y literatura regionalista, los tres primeros



AÑOS VEINTE. Con sus dos hermanas en una foto sacada en un estudio fotográfico de Treinta y Tres.

libros de cuentos de Julio Da Rosa así como sus novelas, sus relatos para niños y sus prosas evocativas, lo han puesto en el más alto sitio de las letras uruguayas de hoy. Si el crítico Domingo Bordoli pudo afirmar en el prólogo de "Cuesta Arriba", (edit. Asir, 1952) "que había llegado a la literatura con el sombrero en la mano como los antiguos peones de estancia", hoy los términos se han invertido y somos muchos los que lo leemos con el sombrero en la mano.

—Estaba comenzando a contarme el principio de su desarraigo del campo.

—Eso fue al cumplir trece, cuando empecé a ir al liceo. Llegué a Treinta y Tres casi junto con la dictadura de Gabriel Terra. Pero no se olvide que el primer año lo pasé enfermo de difteria, como ya le conté. Así que ingresé al siguiente. Mi militancia antirrrista fue en el 35, cuando ya tenía quince años, en un comité de jóvenes batllistas. Mi familia era colorada y aunque mi padre era sosista admiraba a Batlle. Yo había tragado varios libros sobre don Pepe. Y en el 38 constituimos un comité junto a los blancos independientes para oponernos a la dictadura de Terra. Ese año fue el famoso mitin de julio, y todos fuimos a Montevideo en un ómnibus con un gran cartel que decía "Treinta y Tres presente".

—¿Usted conocía Montevideo?

—Nunca había venido y me quedé pasmado mirando los edificios. No podía concebir la altura del Palacio Salvo (se ríe a carcajadas). Pero deje que le cuenta algo antes que se me olvide. Yo fui un admirador incondicional de Carlos Gardel y estaba en Treinta y Tres cuando se mató. Para mí

Le di mi primer cuento a mi padre diciéndole que era de Javier de Viana y él me dijo: "Debe ser lo peor que este hombre escribió en su vida."

era tan deslumbrante que me peinaba igual que él y compraba sombreros para lucirlos igual que Gardel. Le confieso algo: fui un servil imitador de El Mago. Me atrajo tanto que cantaba tratando de copiar su voz. No se ría porque no tenía una gran voz pero entonaba bastante bien. Dábamos serenatas recorriendo las casas de las novias del grupo.

—¿Y cuándo se vino a la capital definitivamente?

—Al terminar cuarto año de liceo, porque allá no había Preparatorios. Como había perdido un par de años, llegué ya grandecito, pero muy desplumado culturalmente. Había leído mucho pero musicalmente por ejemplo, más allá de Gardel, Magaldi y Canaro, disponía de muy pocos conocimientos. Al llegar acá se me desplomó encima un mundo insospechado: el de la música clásica. Beethoven me enloqueció apenas empecé a escucharlo. Y luego Mendelsohn, Tchaicowsky, Schumann, Bach. Tampoco tenía la menor formación plástica, pero con el solo objeto de culturizarme empecé a frecuentar exposiciones.

—¿La música clásica lo alejó de Gardel?

—Esa fue una de mis grandes contradicciones. Gardel me seguía gustando mucho. En ese tiempo yo me había conectado con Paco Espíno-

la, que era uno de los grandes escritores que a pesar de incursionar en temas del interior vivía en Montevideo. Yo asistía a Facultad de Derecho, pero no me perdía sus charlas. Le confesé ese nudo que tenía desde el punto de vista musical y le pedí consejo. El me escuchó armando un cigarrito y me contestó: "No me extraña que le gusten a la par Gardel y Beethoven. Yo soy loco por Strawinsky y Amalia de la Vega" (se ríe a carcajadas). ¡Se me acabaron los conflictos!

—¿Cómo era Paco?

—Un hombre delicioso, un narrador oral como no ha existido otro. Los cuentos que solía hacer y repetir eran muchos más que los que logró escribir. Una vez hicimos un viaje a La Charqueada, él, Esteban Campal con su hijo y yo con el mío. A media mañana, mientras tomábamos mate en el pueblo, empezó a hablar de un personaje del Quijote, el caballero del verde gabán. Por la tarde tomamos la camioneta, llegamos a Treinta y Tres que queda a sesenta kilómetros y al llegar, todavía seguía dándonos una clase magistral sobre ese capítulo de la obra cervantina. Escucharlo resultaba maravilloso. Paco era capaz de hacer el mismo cuento seis o siete veces y recrearlo siempre de manera diferente y atractiva. Lástima que haya escrito tan

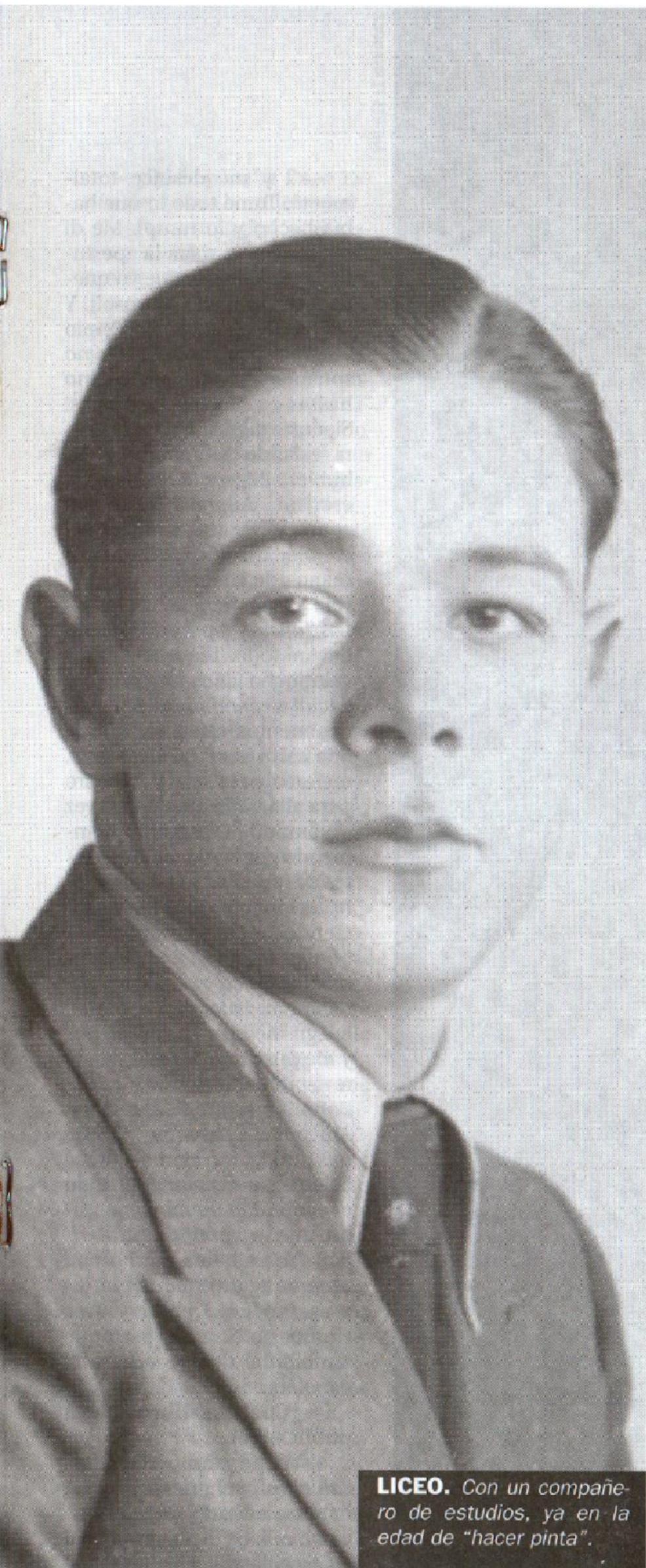
poco. Sus cuentos son antológicos. "Sombras sobre la tierra" es una gran novela, pero "Don Juan el Zorro" no me convence. Paco sabía mucho de música, algo que pocos conocen y además tocaba el violín. Fumaba como un descosido y eso lo mató. Su enfisema era mayor que el mío y está todo dicho.

—¿Cómo fue su relación con Ruben Lena?

—Fuimos íntimos. El fue alumno de una tía mía, la maestra que ya le conté. Cuando yo fui diputado lo traté mucho. Había alquilado una casa en Treinta y Tres y hacíamos unas reuniones inolvidables con Rubito, el Garufa Gadea, los Macedo, el Laucha Prieto... Creo que Ruben Lena fue un creador realmente excepcional. Murió joven y muy maltratado por la vida. Fue otro de los que perdió la caña blanca.

—Me estaba contando de su primer viaje a Montevideo y de su asombro por la altura de los edificios.

—Eso fue en el año 38. Al siguiente me vine del todo, como ya le adelanté. Fue mi segundo desarraigo, el segundo gran golpe espiritual que recibí. El primero fue la pérdida de la estancia donde había vivido tantos años. Eso fue tremendo: la pérdida del paisaje, de los seres queridos, hasta de los bichos. Luego de estar cinco años en Treinta y Tres y haberme adaptado al nuevo medio y haber hecho innumerables y queridos amigos, tuve que desarraigarme otra vez para estudiar en Montevideo. Nos fuimos a vivir primero a la calle Abayubá con toda la familia, porque mi padre había optado por arrendar el campo. A media cuadra vivía don Joaquín Torres García con su gente. A los



ARCHIVO JULIO DA ROSA

LICEO. Con un compañero de estudios, ya en la edad de "hacer pinta".

Cuando joven fui un servil imitador de Carlos Gardel. Me peinaba como él, usaba gachos como los de él y trataba de cantar copiando su voz

dos años mi viejo decidió que debíamos estar más cerca de los centros de estudio y encontró una casa enorme y muy barata en la calle Maldonado. Al día siguiente nos dimos cuenta que pegado a casa había un prostíbulo y por eso la baratura de inmueble nuestro (se ríe). De ahí fuimos a la calle La Gaceta. Después papá que acá se aburría como loco, puso un comercio en Treinta y Tres y quedamos mi esposa y yo con esa casa. Pero al tiempo se fundió, regresó y se la tuvimos que devolver. Fuimos a dar el Buceo, entre los dos cementerios y luego volvimos a la calle La Gaceta, casi al lado de lo de mis padres.

—¿Cómo fue el repechaje en Montevideo de aquel paisanito que había dejado su corazón en Treinta y Tres?

—Muy difícil. No me era fácil hacer amigos y además la universidad me fue dura y perdí un par de años.

—¿Y de qué forma se le abrieron las puertas del

mundo intelectual?

—Le voy a contar mi bautismo como escritor. Vivía todavía en Treinta y Tres y papá iba al campo y venía todas las semanas. Cuando estaba conmigo nos trezábamos en largas charlas. Casi siempre los temas eran la política y la literatura. Uno de sus autores preferidos era Javier de Viana y siempre teníamos algo de este escritor para comentar o recordar. Yo había hecho ya unos versos horribles que tuve la buena idea de quemar y después me interné por la prosa con Javier de Viana como maestro inspirador. Escribí un cuento, lo puse en un cajón del escritorio y cuando vino mi padre, no quise decirle que era mío y le inventé que había encontrado en la biblioteca del liceo un cuento de Javier de Viana nunca publicado, al que había copiado para que él lo leyera. Se lo di y estuvo un rato con él en la mano. Entretanto, yo le cebaba mate tratando de disimular mis nervios. Al cabo de un rato me devolvió el manuscrito y cuando le pregunté qué le había parecido me contestó: "¡Si eso es de Javier de Viana, es lo peor que ha escrito en su vida!" (Se ríe a carcajadas).

—Me estaba esperando ese final. ¿Qué edad tenía?

—Más o menos dieciséis o diecisiete años. Pero el asunto fue que no me desanimé, seguí escribiendo y cuando vine a Montevideo tenía varios cuentos hechos. Llegué hasta publicar uno en "Mundo Uruguayo" en el año 42, ilustrado por Centurión. Después incursioné en otra llamada "Mundo Libre", siempre en el mismo estilo criollo. Seguía muy influido por Javier de Viana.

—Hasta que un buen día leyó a Morosoli...



ANDRÉS FERNÁNDEZ

CALLE PAGOLA. Los ochenta años de un escritor que sigue produciendo.

—... y me deshice totalmente. Tomé todo lo que había hecho y lo rompí. Me di cuenta que eso era la apertura de un camino, que yo quería escribir como Morosoli. Y tan así era que al principio plagué al escritor de Minas no solamente en el estilo sino hasta en frases textuales. Siempre digo que si no hubiera existido Morosoli, yo no hubiera llegado a nada como escritor. Además se portó conmigo de una manera increíble. Un día cayó en mis manos de casualidad su novela corta *“Los albañiles de Los Tapes”* y a partir de ahí, lo devoré todo. Tendría yo unos veintiocho años cuando me decidí a mandarle tres o cuatro cuentos míos, junto con una carta llena de alabanzas, maestro para acá y maestro para allá y me quedé otra vez esperando la respuesta, temblando por la expectativa. Antes de la semana vino su contestación que empezaba diciendo más o menos así: *“Amigo Da Rosa, no me llame más ‘maestro’ porque no nos vamos a entender”* (se ríe). Luego me hizo varios elogios y me puso en contacto con la revista *“Asir”*, donde estaban Bordoli y Arturo Sergio Visca. Ahí pude afirmarme porque me publicaron como quince cuentos, prácticamente todo el contenido de mi primer libro que se llamó *“Cuesta Arriba”*. Yo ya había escrito una obra de teatro que me la representó en Treinta y Tres Humberto Nazzari, pero que también al tiempo eché a la papelera.

—¿Cuántos libros lleva publicados?

—Veinte y tantos. De *“Buscabichos”* solamente deben haberse editado unos veinticinco mil. Es texto casi oficial en escuelas y liceos.

—¿Qué opinaba Paco Espínola de sus condiciones?

—No se imagina qué tristes recuerdos guardo de eso. A él le gustaba con locura lo que yo hacía. Cuando estaba escribiendo *"De sol a sol"* le mostré los originales y me invitó para "peinarlos" un poco. Vivía a tres cuadras de casa y nos veíamos casi a diario. Me iba de noche, leía un cuento y él me hacía sugerencias. *"Aquí agregale ésto, ésta palabra cambiala por esta otra, este párrafo debe ser más corto."* Yo me adaptaba a sus recomendaciones y se lo llevaba corregido. A Paco le gustó enormemente *"Hombre—flauta"*, al cual le agregué un pedazo por su consejo. También había quedado encantado con un cuento largo llamado *"Una casualidad"*, cuyo protagonista es un cuidador de caballos. Cuando terminamos de corregir la obra, yo me vi obligado a ser el paisano leal que siempre he querido ser en mi vida y como mi primer libro había sido prologado por Bordoli, era de cajón que ahora tuviera que cumplir con Visca que era el otro hombre de la revista *"Asir"*, el medio que me había dado el primer impulso. Cuando se lo dije a Paco y le expliqué que tenía un compromiso moral, él se quedó picado. Tanto que al llevarle mi tercer libro *"Camino adentro"* para que me lo prologara, se negó diciendo que yo no necesitaba más prólogos. Creo que era muy rencoroso. De cualquier manera nos seguimos viendo los fines de semana uno en casa y otro en casa de él. Nos agarrábamos cada peludo de grapa con limón que usted ni se imagina. A veces tenía que llamar a su esposa para avisarle que llegaba tarde y ni se



AÑOS MOZOS. Dibujado por "Peloduro" para "Marcha"

acordaba de su número de teléfono.

—Después escribió su novela *"Mundo chico"*.

—Me la editó la Comisión del Sesquicentenario que dirigía Visca. Pero los críticos y los amigos le sacaron el cuerpo.

—Esa comisión era una creación de la dictadura, por lo tanto las circunstancias de la edición no eran las mejores.

—A lo mejor me la juzgan cuando se haga la paz que quiere el Presidente.

—Y desde hace diez años está amagando hacer otra que se llamará *"Punto final"*.

—Sí, pero hice tres capítulos y no he podido seguir. No he podido hacer de Montevi-

deo un protagonista de novela, pese a que a esta ciudad le debo mi mujer, mis hijos, mis nietos y mi carrera literaria.

—¿Coincide conmigo en que el corazón del mundo narrativo uruguayo está en el interior del país?

—Creo lo mismo. Está desde el gran creador de la novela nacional, que fue Eduardo Acevedo Díaz, que a pesar de ser un hombre de ciudad fue uno de los grandes conocedores del ámbito rural, tanto paisajístico como humano. Hay que leer y releer *"Ismael"*. La novela ciudadana nace como reacción frente a la novela campesina. Juan Carlos Onetti se

pasó la vida predicando que había que salir del campo y no le digo nada de lo que opinaban críticos como Emir Rodríguez Monegal. Onetti como tantos intelectuales montevideanos, rechazó duramente la literatura campesina.

—A usted Onetti parece no gustarle nada.

—No. Lo admiro porque era un prodigio como escritor.

—¿Y cómo es que siendo un prodigio no le gusta?

—Porque sus cosas no me llegan. No me sensibilizo con la lectura de sus novelas. Me produce rechazo su pesimismo, ese mundo oscuro y deprimente que describe.

—¿Y Benedetti?

—Algunas cosas me gustan. Por *"La tregua"* sacaría la cara en cualquier momento, lo mismo que por algunos cuentos. *"Gracias por el fuego"*, en cambio me pareció atroz. Una novela tremendamente deshumanizada, con unos personajes irreverentes. Un tipo que se acuesta con la mujer del hermano... qué sé yo.

—De modo que usted sigue fiel a la literatura nativa y al regionalismo como lenguaje.

—No tenga dudas. Y eso que he corregido el léxico demasiado regionalista en algunos casos, como también lo hizo Paco. Hablo de suavizar para ayudar a su comprensión y no de suprimir. Los que insisten con el universalismo en el lenguaje critican solamente la literatura nativa, pero no la que proviene de otros países, el lunfardo sin ir más lejos. Parece que fueran impenetrables los regionalismos de acá, pero no los del resto del mundo.

—Vamos a plantearnos



ANDRÉS FERNÁNDEZ

CON EL PERIODISTA.

El regreso a la lectura de las grandes obras de la literatura.

una realidad cruda pero verdadera. Usted es un hombre de ochenta años, no le queda demasiado tiempo para leer y además a la larga los ojos pasan sus facturas. Ya no está en edad de perder tiempo en cosas superfluas. En ese bienentendido: ¿Cuáles son sus lecturas?

—Estoy relejendo mucho: el Quijote, la Biblia, La Ilíada. Me he internado de nuevo en Homero. Y estoy otra vez con Acevedo Díaz. "El combate de la tapera" lo he leído infinidad de veces y cada vez me aporta mayor riqueza.

—¿Qué le parecen los nuevos estilos literarios?

—Estoy en contra de las formas distorsionadas, de la oscuridad de la descripción. No sé si le conté la preocupación que Paco tenía por la claridad, para que el lector se sin-

Onetti es un escritor enorme pero no me llega. Me produce rechazo su pesimismo, ese mundo oscuro y deprimente de todas sus novelas.

quiera siempre atraído por lo que estaba leyendo. Ahora una de las modernidades es oscurecer deliberadamente, perder la línea narrativa, desconocer la gramática, burlarse de la sintaxis. Ya ni se puntúa.

—Hay una novela de García Márquez, "El otoño del Patriarca" que no tiene puntuación.

—Ni me lo cuente que tuve que comentarla para "El Día"

a pedido de Luis Hierro López y me aburrí espantosamente. Escribí que en vez del otoño de un patriarca parecía el otoño de un escritor.

—Se equivocó porque después escribió cosas hermosísimas.

—Lo mejor que hizo fue "El coronel no tiene quien le escriba", que es una novela perfecta. Pero el gran fenó-

meno del boom latinoamericano fue Carpentier. Es otro de los que sigo relejendo. "Los pasos perdidos" me dejó impactado. Creo que maneja el lenguaje como nadie.

—De modo que ha vuelto a la buena literatura y no quiere perder el tiempo en tonterías.

—No quiero ni debo. Mientras era estudiante me hice la promesa de que algún día me iba a sentar tranquilo y sin apremios a leer y releer y ahora lo estoy haciendo. ¿Quiere algo más fascinante que "Guerra y paz" de Tolstói? ¿O "La montaña mágica" de Thomas Mann o "Contrapunto" de Huxley?

—¿Y a Julio Da Rosa lo relej?

—De vez en cuando, para ver qué macanas ha escrito (se ríe a carcajadas).